

ha injuriado en un panfleto porque me he permitido discutir sus juicios sobre Rubén Darío. De modo que esta tarea, que a crítico *hábil* podría haber dado gran popularidad en América, ha sido para mí causa de bastantes enojos y me ha valido enemigos encarnizados. Poco importa.

Yo no sé si esta labor ha tenido algún resultado. Pero es un hecho que los escritores hispanoamericanos, tan poco conocidos en Francia en 1911, son hoy considerados por muchos críticos, y diversas publicaciones se ocupan de su producción. Es un hecho también que el nuevo movimiento de las letras hispanoamericanas encaminado a inspirarse en el alma nacional y en la tierra está en pleno triunfo, y que algunos jóvenes a quienes he reprochado su actitud de, desarraigados se han adherido luego a ese movimiento. Por otra parte, yo he podido formar, con mis crónicas dos libros que no han pasado inadvertidos. Con algunos artículos publicados durante la guerra, formé un pequeño libro que apareció en 1917, con el título de *Les Ecrivains Hispano-américains et la Guerre européenne*, y que hizo conocer en Francia la opinión, muy favorable a los Aliados, de los intelectuales de la América española. Después formé un volumen con una selección de mis crónicas escritas entre 1911 y 1919: *Les Ecrivains contemporains de l'Amérique espagnole*. No era por cierto una obra bien compuesta, orgánica, y apareció con algunas negligencias pues, hallándome de viaje por la América del Sur, yo no pude corregir las pruebas. Algunos escritores hispanoamericanos me reprocharon de no haberme ocupado en él de ciertos autores, sin considerar que yo no podía hablar en el *Mercure*, sino de aquellos habían enviado sus libros, y lo más curioso es que los más exigentes fueron precisamente algunos de los colegas que en 1911 se habían comprometido a no remitirme sus obras. Pero la crítica francesa comentó ese libro muy favorablemente, y Henri de Regnier encontró en sus páginas «une très riche matière». Posteriormente, he formado un nuevo libro sobre la base de mis últimas crónicas, y digo sobre la base porque mis crónicas no me han servido, en general, más que como elementos para hacer una serie de retratos, que he hecho preceder de una introducción sobre el «desarrollo de las letras hispanoamericanas» desde su origen a nuestros días. Este libro acaba de aparecer en la colección de «Essais critiques» de la N. R. C. con el título de *L'Esprit de l'Amérique espagnole*. No obstante, todo esto es debido al *Mercure de France* que desde 1893 tiene esta sección de «Lettres hispano-américaines», sección que ninguna otra publicación francesa, no consagrada a tal materia, ha creado y mantenido, y en la cual he hecho una labor que otro crítico habría podido hacer también. *El Mercure de France* es el que merece la gratitud de la intelectualidad hispanoamericana y el homenaje de la *élite* francesa. Yo me complazco en expresar aquí a su director, M. Alfred Vallette, mis más vivos agradecimientos

por la conservación de esta sección y por la completa libertad que me ha dado para servirla desde 1911, no habiéndome hecho jamás la menor observación.

¡1911! ¡Cuántos bellos recuerdos! Era la época en que el *Mercure de France* reunía, en sus páginas y en sus ediciones, la colaboración de toda la *élite* literaria. Por las tardes, en el despacho de Van Bever, se encontraban en redor de Remy de Gourmont muchos de los colaboradores, y los martes, en el salón de Madame Rachilde, se reunían grandes escritores, como Henri de Régnier, Rosny Aîné, y a veces Francis Carco cantaba canciones. Era la época en que la *rive gauche* constituía el centro de las letras jóvenes y puras, opues-

tas a la literatura del boulevard. Los martes por la noche, toda la juventud y muchos escritores mayores se reunían en la Closerie des Lilas en torno de Paul Fort, y un día ofrecieron al Príncipe de los poetas ese banquete memorable en que un discurso de Jules Bois desencadenó la algazara de los jóvenes nunca satisfechos. Bello tiempo de entusiasmo y de arte puro y desinteresado. ¡Cuántas figuras de esa época han desaparecido: Remy de Gourmont, Guillaume Apollinaire, Van Bever, René Ghil, Jean de Gourmont! *El Mercure de France* mantiene, como siempre, su sección de «Lettres Hispano-américaines», y yo continuo mi humilde labor con la decisión del joven poeta ebrio de sueños que yo era en 1911.

Francisco Contreras

El Centurión de Cafarnaum

= Esta novela ha merecido el «Premio de las Revistas europeas para la mejor novela en lengua alemana en 1929». Estas cinco revistas son: *Europäische Revue*, *La Nouvelle Revue Française*, *Nuova Antologia*, *The Criterion* y *REVISTA DE OCCIDENTE*. Los tres miembros alemanes del Jurado, Tomas Mann (que acaba de recibir el premio Nobel), Ernst Robert Curtius y Max Clauss, se han declarado unánimemente por *El Centurión de Cafarnaum*, de Ernst Wiechert (de Königsberg, en Prusia), habiendo aceptado la decisión los demás miembros del Jurado, franceses, ingleses, italianos y españoles. —(N. de la *Revista de Occidente*, Madrid, de donde la tomamos).=

Y entrando Jesús en Cafarnaum,
vino a él un centurión, rogándole...
MATEO, 8, 5.

Una mañana de estío, pasada la gran guerra, cuando aún vencedores y vencidos se sentían levemente crispados ante el horror de sus hazañas, en lo cimero de un alcor alzado entre el Rhin y el Weser, se encontraron dos columnas de tropas, sobre las cuales flotaba el rojo polvillo del alba como una señal divina. La que avanzaba cara al sol traía prisioneros y heridos de la región sublevada de las minas y fábricas; la que pisaba su propia sombra, descendía con un fin más cruel al valle, en cuya luminosa explanada estallaba a ratos un trueno de cañón.

Cambiaron los capitanes un grave saludo; los soldados, un tiroteo de bromas a grito pelado. Únicamente, al pasar sobre el grupo de prisioneros, las miradas quedaban frías, mudas, como sobre la despreciable desnudez de una infamia, que abrumba con pesadumbre igual a todo un pueblo.

El más extraño de ellos parecía un minero que, sobre su traje desgarrado y polvoriento, alzaba un rostro sereno, altivo, que irradiaba como un reto al desprecio de todas las miradas. Era un rostro que no se había sustraído a la oscura mano, a la sorda mano de la esclavitud por toda la vida, ni a la destructora embriaguez de un fanatismo. Y, a pesar de todo, no se había borrado en él cierto gran designio que la naturaleza alimentó con esta cara: lo impetuoso, lo excelso de una gran fe, cuyo objeto se encuentra sobre los montes más altos o en las estrellas, detrás de espadas o de cruces, y que parece recibir su luz como un reflejo de otras frentes; frentes que no son de estos individuos o de aquellos pueblos, sino de toda la humanidad.

Mirada excelsa. Cuando se alzaba entre el polvo de las columnas, sobre los rostros apagados de sus camaradas, sobre el agotamiento de los ojos guardianes, y resbalaba, impávida, al tropezar con otros ojos, sin odio, sin man-

sedumbre, con la firmeza silenciosa de un ser imperturbable, pudo parecer a un contemplador imparcial como si pasase un rey encadenado por una ley humana impuesta a él por alguna insensata arrogancia.

A punto de separarse ambas columnas, uno de los oficiales, jinetes en dirección al enemigo, dió media vuelta a su caballo, alcanzó al galope la guardia de los prisioneros y preguntó, algo confuso por lo impertinente de su curiosidad, adónde se encaminaba a los rebeldes y la suerte que les estaba preparada. Cuando le dijeron el nombre de una aldea del valle y que a la noche serían probablemente fusilados casi todos los rebeldes, avanzó hasta el minero cuyos ojos le habían incitado a volver grupas; se inclinó hacia él y le preguntó en voz baja—con una bondad insólita y por eso mismo dominante—por qué iba a morir.

El interrogado, sin susto alguno, apenas con una leve rigidez en su rostro siempre alerta, contestó sin vacilar, que debía morir porque había matado.

—Y ¿por qué mataste?

—Para que mis hijos y mis nietos no tengan que matar, ni morir a manos de hombre.

Entonces el oficial calló un gran rato. Cabalgando siempre junto al prisionero, caído sobre el pecho la cabeza, como si realmente cabalgase tras el sentido de aquellas palabras:

—Y Cristo?—preguntó de repente.

El minero sonrió infantilmente, sin odio alguno; y dejando vagar sus miradas por el valle tendido a sus pies, dijo que Cristo, si entonces estuviese con ellos, sería el mayor asesino de hombres.

A esta contestación el oficial tiró tan bruscamente de las riendas, que el caballo se encabritó, y la retaguardia de la columna, atemorizada, se apresuró tanto, que se alzó una polvareda semejante a una nube, y el rostro del minero quedó desvanecido, borrado del paisaje como se apaga el relumbre de una gota de rocío.

El caballo, que se dió cuenta de la indeci-